

## Capítulo IV

# EL CONSENSO POR APATÍA. EL NÚCLEO DEL TERROR

### EL TERROR Y LA CONDICIÓN TRÁGICA DE LOS HUMANOS

Las transformaciones esbozadas en el capítulo anterior no fueron el mero efecto de una decisión superior –ninguna mutación histórica lo es– sino que los cambios debieron ser consensuados para ser legitimados. Pero también fueron reconfigurados estratégicamente al compás de diversos modos de resistencias. Más allá de la voluntad de cualquier comando estratégico, la contingencia de las luchas hace de la historia un campo abierto, pleno de posibilidades inesperadas. En este proceso, el terror fue el núcleo que articuló los actos y las memorias de las poblaciones. Terror que se presentó bajo diversos rostros.

Si en los años sesenta y setenta la pobreza en los “países en vías de desarrollo” comportó una grave preocupación para los estados industrializados, y si la Comisión Trilateral instó a la creación de un cierto grado de “apatía”, dado que el “exceso de democracia atentaba contra la gobernabilidad”, entonces las dictaduras que asolaron a AL pueden leerse en ese contexto. Las transformaciones propiciadas para AL desde los años setenta tenían como uno de sus objetivos la subordinación de las soberanías –aunque a menudo débiles– de los estados-nación en la región y la construcción de un terror que llevara a la apatía política.

Las dictaduras de los años setenta rompieron con la ficción del pacto de unión basado en el universalismo de los derechos. El viejo

decisionismo mostró su rostro sin máscaras frente a la amenaza que parecían encarnar las poblaciones latinoamericanas. El poder entonces dejó de gestionar la vida de las poblaciones, para administrar la muerte. Al menos en Argentina, la muerte cesó de ser una imaginaria representación de algo “que le pasa al otro”; las instituciones ya no fueron un lugar de procesamiento de la angustia concomitante a la presencia de la muerte. La condición trágica de lo humano aflora con intensidad en tiempos en los que la muerte se presenta como ecuación insoslayable, y esa condición trágica encuentra serias dificultades para ser procesada. El terror reenvía a una situación de desamparo primordial, que ensimisma a los sujetos y rompe los lazos sociales.

Frente al terror incontrolable que surge de una amenaza flotante cuyo origen es incierto, el sentimiento que emerge es la angustia. Buena parte de la población en Argentina construyó de manera inconsciente una defensa contra la angustia: la denegación de lo que estaba ocurriendo. Digo “denegación” en el sentido fuerte que le da el psicoanálisis: inconsciente negación de existencia. No obstante, lo rechazado no cesó de insistir y generó actitudes defensivas, y precisamente por ello brotó como espectro de la ideología bajo diversas formas.

El terror desatado durante las dictaduras de los setenta y la muerte denegada se vincularon consciente e inconscientemente con “la política” y las “actividades políticas”. Todo lo que fuese duda o pensamiento crítico comenzó a ser cruelmente satirizado; eran tiempos en los que en Argentina nacía una forma elogiosa de referirse a una persona o situación: “es divertido”, y una forma de criticar a quien pensase, dudase o cuestionase algo: “es aburrido”. Frente a lo oscuro y brutal de la muerte, una parte de la población denegaba la falta y se involucraba en la frivolidad que entroniza la inmediatez del consumo que, ligado a la apertura de las importaciones, ofrecía la promesa imaginaria de una vida plena.

Ahora bien, las características del nuevo paradigma sociotécnico requerían de sujetos flexibles en los que la ilusión de libertad y autonomía indujesen al imaginario espectro del consumo sin fin. Las dictaduras son un límite (tal como lo eran las cuarentenas del siglo XIX en situaciones de epidemias) que obstaculizan el libre flujo de mercancías, personas e información. El Estado de Derecho es una mejor garantía para los derechos de propiedad (BM, 2003a: 1). Las situaciones bélicas no implican una adecuada economía de poder; tal como Rousseau lo había planteado en 1762, pueden generar innecesarias revueltas. En ellas se muestra al amo con el látigo en la mano, y esa afrenta más tarde o más temprano construye rebeldías.

El ejercicio del poder de muerte durante las dictaduras construyó un pacto tácito. Este se legitimó en un consenso por apatía que se

estructuró a través de varias capas arqueológicas de la memoria. En la construcción de este nuevo consenso concurrirían varios factores. En este trabajo se pone el acento en el rol de los organismos financieros internacionales en la construcción de la nueva forma de aquiescencia, aunque no se sostiene que de ellos dependa exclusivamente la estructuración de la misma, sólo se recorta un objeto de estudio.

## **LA APATÍA COMO CONSENSO DE LAS REFORMAS DEL ESTADO LAS CAPAS ARQUEOLÓGICAS DE LA MEMORIA**

El consenso por apatía se constituye a través de varias capas arqueológicas que remiten a un pasado presente y vivo, aunque a menudo denegado por los sujetos. ¿Cuáles son esas capas que constituyen las nuevas formas del consenso? Su mención no supone una secuencia temporal, todas habitan al mismo tiempo la memoria, y cada una de ellas se configura y reconfigura en momentos diversos o simultáneos; lo central es la materialidad de sus efectos en los cuerpos.

El *shock* económico producido por el denominado “rodrigazo” (el significante “rodrigazo” alude a Celestino Rodrigo, ministro de Economía que impulsó un paquete de medidas económicas que implicaban la devaluación del peso, disminución de salarios y aumento de tarifas), durante el gobierno democrático de la Sra. de Perón, generó en 1975 en Argentina un clima de tensión e incertidumbre social que, por un lado, puede ser pensado como un ensayo de las posteriores líneas de apertura económica, dado que venía a marcar el fin del período del Estado como árbitro de conflictos entre trabajadores y empresas, así como la consumación de una vida previsible; por otro, los efectos sociales del conjunto de medidas tomadas por un gobierno elegido por la mayoría del pueblo se constituyeron en un caldo de cultivo para que buena parte de la población –sometida a una situación de constante incertidumbre– consensuara la dictadura militar que se inició en marzo de 1976. Los militares como símbolo de orden traían, frente a la “corrupción de los políticos”, una promesa: la *restauración de la comunidad perdida*. Así, desde el “rodrigazo”, pasando por la dictadura militar, se conforma una primera capa sostenida en la mano dura, y resignificada en sucesivos *shocks* económicos, acentuados por las subrepticias amenazas mediáticas que se construían en medio de un cambio de códigos comunicacionales. Las dictaduras de los años setenta sirvieron no sólo para integrar a AL a las transformaciones productivas. El terror construido en ese período fue un elemento central para modificar la cultura y los hábitos de la población, que se resignifica en situaciones de incertidumbre existencial, tales como la falta de trabajo o los escenarios televisivos en los que la violencia es el sentido que se constituye en la articulación de significantes. El terror reenvía inconscientemente a esa situación de

radical indefensión en la que todo sujeto nace, posición a la que aludíamos en la primera parte de este trabajo. Esa capa de la memoria colectiva generó, y genera aún, un profundo temor a todo lo que pueda caracterizarse como “actividad política”, pues ella puede connotar peligro de muerte, al resignificar inconscientemente esa vivencia de cuerpo fragmentado que, según el psicoanálisis, sólo reaparece en síntomas, sueños y obras de arte, pero de la cual no hay elaboración definitiva, sólo mejores, peores o imposibles peripecias de simbolización. Esto se confirma en numerosas entrevistas realizadas en Buenos Aires, donde muchos ciudadanos actualmente no mencionan a la dictadura militar hasta que el grabador –en el que sus relatos quedan plasmados– se apaga y entonces a menudo dicen de manera algo ambigua que los “militares hicieron cosas malas... pero entonces había orden”. Los mismos relatos no expresan temor manifiesto hacia las actividades políticas, pero en ellos es frecuente la aparición de expresiones tales como “yo de política, cero”, “a mí la política no me interesa”. La apelación a la idea de “orden” unida a la de apartarse de la política es inseparable del pavor que pervive en los cuerpos, aun cuando no se haga presente de modo explícito en las palabras. En algunos casos, el relato del entrevistado se desconecta de la situación actual e inconscientemente vincula los hechos presentes con los terrores del pasado. Así, a la salida de una misa celebrada el 23 de marzo de 2005 en memoria de un joven asesinado tras un secuestro extorsivo (Axel Blumberg), una señora de 74 años, de clase media en franco declive, me decía en relación a la situación de “inseguridad” que se percibía en ese momento:

Mujer: No era gente de bien, jóvenes de bien...

Entrevistadora: ¿A quién se refiere?

M.: A todos los que mataron los militares y... y, bueno, sí [enfática], la verdad, a todos los que mataron los militares, la verdad...

El fragmento es sugerente, pues la persona entrevistada había ido a una misa en memoria de un joven asesinado. Tanto la bibliografía como los periódicos, e incluso el mismo padre del muchacho, sugieren que la muerte probablemente contó con complicidad del personal policial. Nada tenía que ver este hecho (aparentemente) con la desaparición forzada de miles de personas treinta años atrás. Sin embargo, el recuerdo emerge –aunque al comienzo con un poco de pudor–, tal como se evidencia en el tono y la reafirmación: “Y... y, bueno, sí, la verdad”. La verdad, esa “verdad” subjetiva, no cesa de aparecer en varias entrevistas. El desprecio a las actividades políticas y la valoración del “orden” instaurado por los militares es una evidencia que no aflora de entrada, pues la interpelación a una convivencia democrática es muy fuerte des-

de 1983, pero se cuela como un espectro ideológico en diversos relatos. Entonces la inseguridad es asociada al delito, y este significante reenvía a “los subversivos”; desde ese lugar, el término “los militares” suele ser asociado al “orden” y la “seguridad”. Hay en esas secuencias sintagmáticas una implícita “definición de los adversarios”, coincidente con la que hacen los medios masivos de comunicación (Pineda, 2002: 35).

Un segundo tiempo lógico de este proceso consistió en la denegación de la muerte y el genocidio, precisamente por el horror que él produce; particularmente por la falta de cuerpos ante los cuales elaborar el duelo, fenómeno que reagudiza la vivencia de indefensión. La muerte y, peor aún, *la denegación de la muerte* parecen operar sobre la memoria colectiva. La denegación de un hecho conlleva, como lo ha explicado hace mucho Freud, el rechazo de todo aquello que asociativamente se vincula con él. La operación denegatoria que se observa en estas entrevistas opera borrando de la memoria histórica todo un proceso, pero además liga asociativamente de modo inconsciente a ese horror la actividad política. De ese modo en muchos sujetos, a la hora de efectuar entrevistas, surge la desvalorización de la política y “los políticos”. Las respuestas sugieren rechazo y una especie de temor a ser vinculado con cualquier actividad política. Lo político está cercano asociativamente con la muerte. Se apuntala desde allí, como veremos, la recodificación y el acallamiento de la memoria histórica en el análisis del presente.

Un tercer tiempo lógico-histórico lo ubico en las democracias de los años ochenta y las frustraciones que ellas engendraron, tanto a nivel económico como político. En el caso de Argentina, el terror fue agravado por la hiperinflación de 1989 –activamente gestionada desde grupos de poder–, que retrotrajo inconscientemente a los pavores del “rodrigo” y el genocidio, por la sensación de vulnerabilidad que produjo en los sujetos. De ese modo favoreció la apatía que delega en los “técnicos que saben” la forma de subsanar la angustia. Pero la delegación en “hombres clave” tuvo como efecto la sobredeterminación del pavor y la incertidumbre, por las frustraciones económicas de la década del noventa que estallaron a fines de 2001, cuando “la profundización de los planes de ajuste neoliberal como respuesta a las crisis en numerosos países de la región ahondó las tensiones y favoreció el estallido de numerosos conflictos sociales” (Taddei, 2002: 29). En Argentina, el proceso se expresa en los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001, fecha que marca emblemáticamente un punto de inflexión en las políticas neoliberales, como consecuencia de la agudización de las luchas contra ellas. La compleja trama sociohistórica resignificó en buena parte de la población el rechazo, ahora no sólo a las actividades políticas, sino a los “políticos”, quienes comenzaron a formar una “clase” cada vez más separada de la sociedad civil. Si bien el año 2002 implicó un auge de lu-

chas y asambleas barriales, poco a poco la mayoría se disolvió y algunas cobraron significados inesperados, como veremos más adelante.

V. 31 años: Yo creo que todo esto empezó cuando volvió Alfonsín (se refiere al presidente de Argentina en el momento de la vuelta a la democracia) con su mentalidad y su forma de ver la política, creo que él empezó a desarmar muchas cosas que tenían valor legislativo (Misa en recuerdo de Axel Blumberg).

M. 60 años: Tienen que volver los militares. La vuelta de los militares, señora, porque hubo respeto, hubo respeto. Se han mandado también sus buenas ellos, ¿no?, pero era otra cosa, por favor, ¡si tenemos cada delincuente en la Casa de Gobierno, señora! (Entrevistada en el mismo lugar).

M. 40 años: La gente, eh, el ciudadano común no encuentra en los políticos una respuesta (Entrevistada en el mismo lugar).

Este proceso inconsciente opera como soporte sobre el que ancla una cuarta capa de la memoria: el show expuesto en los medios de comunicación que se inicia en los años noventa, el cual, unido al feroz socavamiento de lazos sociales encarnado en el tráfico de drogas, fortaleció la denegación de la muerte (producida entonces por hambre, carencia de trabajo y falta de cobertura social) anclada en la promesa maníaca de una fiesta perenne, encarnada en la imagen de personajes ubuescos<sup>9</sup> a quienes, indudable y obscuramente, muchos deseaban parecerse como forma de rescatarse de la nada, del horror, de la falta. El “encanallecimiento cultural” y la “norteamericanización de la cultura” (Anderson, 2000), que florecieron en Argentina en los años noventa, expusieron a figuras de políticos, artistas y empresarios que se ofrecieron como modelos de una especie de perfección que encarnaba lo otro de la muerte que se denegaba. Las figuras del político, el artista, el empresario, la vedette o el deportista exitoso que se presentaban en un mundo de suntuoso hedonismo encarnaron el espectro ideológico del ingreso a la vida eterna, a la juventud interminable; de ese modo, se investían de una completud imaginaria. A la vez que denegaba la historia pasada y coadyuvaba a destituir viejos lazos sociales, este proceso inducía al consumo de cualquier tipo de objeto importado por las megaempresas, consumo que imaginariamente colocaba a los sujetos en el lugar del

---

9 El término “ubuesco” tiene el sentido que le dio Michel Foucault, partiendo de una obra de Alfred Jarry, precursora del teatro del absurdo llamada “Ubú rey”. Foucault usa el término para referirse al ridículo utilizado como herramienta de poder: lo ridículo o el ridículo forman parte de una farsa que, por increíble y absurda, profundizan la impunidad de quien ejerce el poder (Foucault, 2000).

Otro poderoso que se salva de la muerte. En este punto, la apertura de las importaciones encontraba su camino de apoyo en subjetividades que, en muchos lugares, no vacilaban en apuntalar de modo tácito o manifiesto las privatizaciones que figuras valoradas socialmente ofrecían de forma subliminal a través de la comicidad televisiva o radial, por ejemplo, o de las maneras más “razonables” desde los medios de comunicación. Esas figuras encarnaban la perfección imaginaria que salva de la muerte, en un contexto en el cual los países más poderosos de la Tierra y sus respectivos organismos de inteligencia construían lo que se ha denominado “guerra de información” (Pineda, 2002: 35). La alianza estratégica entre el “mundo del espectáculo”, el de la política y el de la empresa facilitó la acción de “hombres clave” que los trilateralistas habían impulsado y que ahora organismos internacionales como el BM o el FMI utilizaban para realizar las transformaciones institucionales. El proceso profundizó la apatía hacia la política y el ensimismamiento en la propia individualidad, que sostuvieron el consenso hacia las reformas que se hacían (Murillo, 2004).

Las democracias de los años noventa implicaban, entonces, el intento de consensuar este nuevo pacto social que debía aunar el uso del decisionismo schmittiano con el consenso moral propio del pacto de unión. No obstante, el consenso moral ya no se basaría en una ley universal, sino en nueva forma de vida práctica centrada en el sí mismo y en el desinterés por la cosa pública. La nueva moral de carácter negativo venía a hacer centro, no en la universalidad de la ley (aspecto positivo o productivo del imperativo categórico kantiano), sino en no intervenir en problemas ajenos y sólo cuidar de sí mismo, los problemas inmediatos y el grupo en el cual se está involucrado (moral en sentido negativo). La imbricación de esos dos procesos se constituía en matriz de las políticas que se implementarían luego de 2001, en las que el decisionismo debe ser avalado por la “*accountability* social” (rendición de cuentas a la sociedad), como veremos luego. En los años noventa, el nuevo pacto social se basó en el consenso por apatía. Los procesos políticos, económicos y sociales fueron delineando una estrategia en la que poco a poco se fue constituyendo una democracia basada en una aquiescencia fundada en el desinterés por las relaciones políticas nacionales e internacionales. Ese consenso tiene su fundamento más profundo en el terror asentado en el hecho de que, desde los años setenta, el Estado había cesado paulatinamente de gestionar la vida, para gestionar la muerte. Esa apatía política era descrita por una persona entrevistada en una marcha realizada en las calles de Buenos Aires para pedir justicia por las 194 personas muertas en el incendio del local bailable llamado Cromañón, al que he hecho referencia en la introducción y sobre cuya descripción volveré más adelante.

M. 40 años: Los que estuvimos con Cromañón sabemos cómo son [se refiere a la ciudadanía en Argentina] y sabemos que cada vez está quedando menos gente, porque ni siquiera exigen [...] Uno ve que el ciudadano no responde de la misma forma en función de que no le toquen el culo; en la medida en que a ellos le toquen el orto [en Argentina, esta expresión alude a que alguien se sienta perjudicado en sus intereses, prestigio o situación social] van a salir a responder con Blumberg, con la cacerola, con Dios y la virgen, mientras tanto no, mientras tanto van a seguir chatos y cuando pase otro caso de muerte, si matan a un almacenero, no, pero si (gracias a Dios no pasó), pero si pasaba algo con Nine [una joven secuestrada perteneciente a una familia acaudalada], y... entonces sí todos con Nine y todos... Entonces no somos ni equitativos, ni siquiera practicamos la justicia que se exige (Marcha por Cromañón del 30 de marzo de 2005).

## EL NEODECISIONISMO

El consenso por apatía posibilitó la instauración en Argentina de un nuevo modelo de Estado y de ejercicio de la política que ha sido caracterizado como “neodecisionismo” (Bosoer y Leiras, 1999). Este nuevo modelo supone:

Una progresiva pérdida de poder en las manos de congresos y parlamentos; una *unaccountability* de los gobiernos, de la mano de una acrecentada concentración de poder de los ejecutivos; proliferación de áreas secretas de tomas de decisiones [...] declinantes niveles de respuesta gubernamental ante los reclamos y demandas de la sociedad civil; drástica reducción de la competencia partidaria debido a la mimetización de los partidos políticos mayoritarios [...] tiranía de los mercados [...] mientras que el público vota cada dos o tres años [...] lógicas tendencias hacia la apatía política [...] creciente predominio de los grandes oligopolios en los medios de comunicación [...] creciente transferencia de derechos decisorios desde la soberanía popular hacia algunas de las agencias administrativas y políticas del imperio, proceso este que se verifica tanto en las “provincias exteriores” del mismo como en el propio centro (Boron, 2002: 95-96).

La estrategia retomó los postulados de Schmitt. Pero, tal cual él pensó en sus escritos posteriores, el nuevo orden debía adecuarse al modo de ser en el mundo (*dasein*) de cada pueblo. Así, las capas arqueológicas de la memoria sustentarían la nueva forma de decisionismo de modo diverso en cada país, y de manera cambiante al compás de los acontecimientos.

De ese modo, en países como Argentina o Perú, el neodecisionismo de los noventa tuvo características distintas, aunque estuvo basado en un reforzamiento de poderes del Ejecutivo en el momento de la transición de regímenes autoritarios a democráticos, y del pasaje del estatismo económico al libre mercado. La arrogación de facultades discrecionales por parte del presidente se encarnó en líderes pertenecientes a movimientos de tradición popular. La legitimidad estuvo basada en la respuesta a la demanda de decisión eficaz y la aprobación popular que se manifiesta como consenso implícito en la apatía ciudadana; todo esto ocurrió en un contexto en el cual la “democracia” pasó a ser un significante que interpelaba a los sujetos frente a la amenaza de caos. La figura presidencial fue consensuada desde el sufragio popular; adquirió el poder simbólico del líder portador de una “promesa de redención”, y se apoyó en una elite “eficiente”. Todo esto reemplazó al establecimiento de reglas de juego acordadas socialmente. El neodecisionismo se centró en la figura de un líder “eficiente” que tuvo como función primera, en los años noventa, emitir la promesa de que las pérdidas serían restauradas y la ciudadanía (el conjunto de los amigos, en términos de Schmitt) ingresaría a un mundo mejor. En tanto portador de la promesa, pudo liderar las reformas económicas y políticas sugeridas por los organismos internacionales, en un contexto en que el BM sostenía que las reformas causarían el crecimiento económico y este reduciría la pobreza (BM, 1991). El liderazgo fue apoyado por un consenso tácito que, basado en la apatía, se sustentó en la creencia en la “eficiencia” del líder, creencia imaginaria respaldada en su capacidad de ofrecerse como modelo exitoso a nivel social, con independencia de sus aptitudes políticas.

M. 55 años: Menem [presidente de Argentina entre 1989 y 1999] robó, pero dentro de la bestialidad, digamos, Menem tenía más carisma que este [se refiere al presidente de Argentina en 2005], dentro de la bestialidad, no lo defiende a Menem, porque al menos hizo algo, este roba y no hace nada de nada, absolutamente nada (Misa en recuerdo de Axel Blumberg).

El “roba pero hace” es una notable secuencia sintagmática muy común en Argentina que, basada en la apatía política, supone una cierta disculpa al latrocinio de los políticos, en tanto y cuanto resuelvan –imaginariamente– algunos problemas.

El neodecisionismo descalifica los valores contractualistas, el Parlamento y la diferenciación entre esferas pública y privada. En lo jurídico, opone la excepción a la norma, y como consecuencia, la fuerza de lo fáctico al orden legal impersonal. La validez de lo fáctico radica en su capacidad de decidir de modo eficiente. Esto implica un balance entre dos lógicas contradictorias: “legitimación” y “represión” (Bosoer y

Leiras, 1999). Afirmo que lo esencial del neodecisionismo en Argentina no finaliza con los acontecimientos de 2001, sino que continúa, pero de otra manera, como veremos.

### EL “FASCISMO SOCIETAL”

El neodecisionismo invistió esa apatía cuyo núcleo es el terror que produjo en Argentina algo que ha sido caracterizado por Boaventura de Sousa Santos (2005: 29-32) como “fascismo societal”, definido por tres características: el *apartheid* social, la segregación social de los excluidos. Una entrevistada de 60 años señalaba: “La gente de abajo, los marginados son los que a nosotros nos roban, nos matan, pero del pueblo, del que trabaja, ningún gobierno se acuerda” (misa en memoria de Axel Blumberg); el Estado paralelo, determinado porque en él las acciones toman una tendencia democrática y protectora con grupos poderosos, pero actúa de modo “fascista” en zonas “salvajes” donde emerge el conflicto. Se consolida así la caída del universalismo de los derechos. Esto es percibido por varios entrevistados en marchas por la masacre de Cromañón: “En este país hay dos justicias: una para los pobres y otra para los ricos” (hombre, 48 años); el “fascismo paraestatal” que hace que ciertos actores poderosos usurpen funciones tradicionales del Estado, tales como la coerción y la regulación social (este es el fenómeno, por ejemplo, del crecimiento de empresas y “consultoras privadas” de “seguridad”).

Las prácticas neodecisionistas y el fascismo societal posibilitaron en los años noventa la ejecución de políticas que saquearon las riquezas en Latinoamérica; sus diversos puntos de apoyo tuvieron un eje: la urgencia, la necesidad, el ahora, que exige la suspensión de toda mediación reflexiva y de procesos de deliberación parlamentaria y ciudadana para el consenso. La suspensión de los procesos deliberativos supone el inmediato pasaje al acto y ello comporta la delegación en otros “que conocen” el proceso de reflexión para la toma de decisiones. Esos otros pueden o no tener presencia pública, pero en esa fase del neodecisionismo estuvieron representados por figuras emblemáticas cuya marca es el éxito que remite a la completud que salva de la muerte (veremos cómo esto cambia en la siguiente fase del neodecisionismo). Sin embargo, la completud no existe, y el único infinito que domina el sistema es el del gusano que se come a sí mismo. La muerte denegada en la compulsión maníaca que transforma cualquier relación en mercancía afloró, sin embargo, ya no como representación de ajenidad sino como ecuación insoslayable en el hambre, las enfermedades, la desnutrición, la pérdida de la soberanía alimentaria y el quebranto de toda seguridad institucional (privada o estatal).